Arzobispo
Braulio Rodríguez Plaza

Carta semanal

Herencia apostólica

21 de septiembre de 2008

En muy pocos días comenzará en Roma un nuevo Sínodo de Obispos de todo el mundo. Van a tratar un tema crucial: la Sagrada Escritura. También nosotros, en nuestra Iglesia de Valladolid, queremos desentrañar ese tesoro que el Señor ha dado a su Iglesia. Por fidelidad a su origen, en efecto, la Iglesia fue recopilando desde muy temprano las palabras del Señor, como indica la introducción a san Lucas (Lc 1,1-4); igualmente se transmitieron las cartas de san Pablo de una comunidad a otra para ser leídas (cf. Col 4,16). La Segunda Carta de san Pedro conoce ya una colección de «*todas las cartas*» del hermano Pablo (2P 3,16). Y cuando se fijó, la lista definitiva de los libros bíblicos fue un acta de recepción donde la Iglesia dejaba constancia del origen apostólico de la Escritura. Ese fue el criterio.

La Biblia nos narra algo que nos ha sucedido, que ha acontecido para nosotros en el pasado, pero que llega hasta nosotros. No son ideas, mitos en sentido moderno, maneras de hablar: en la Biblia, por la Tradición de la Iglesia, Dios nos ha hablado en su Hijo, que es Logos, Verbo, algo inteligible a la vez que inabarcable y cuya actualidad no ha pasado. Por esta razón, la Iglesia consideró siempre la Escritura tan sagrada como el cuerpo del Señor. La Escritura, dice el último Concilio, viene a ser el espejo donde la Iglesia ha de mirarse permanentemente; en ella debe inspirarse, pues, la evangelización, la predicación, la oración y la práctica de los cristianos. Hay, por ello, que conocerla. La Iglesia, en consecuencia, concede un papel central a la lectura y meditación de la Sagrada Escritura en la vida de todo sacerdote, religioso o fiel laico.